

L'usage de tout système électronique ou informatique est interdit dans cette épreuve

Traduire en français le texte ci-dessous.

Se va uno reblandeciendo tanto con los años que admito sin rubor cierta humedad en mis ojos cuando José Luis Borau, tras unas pocas sentidas palabras alusivas al reciente doble crimen de ETA en Sevilla, ofreció sus manos pintadas de blanco¹ al público que se disponía a presenciar la gala de los Goya cinematográficos. El gesto en sí mismo es algo infantil y, como todo lo que reclama pureza, no acaba de convencerme mucho. Lo asocio a gente demasiado joven o a gente que quiere demasiado hacerse la joven, aunque sea sin demérito de la buena voluntad de cada cual. Por eso me emocionó aún más vérselo hacer a un hombre tan inteligente y bondadoso como Borau, ciertamente consciente del peligro de ñoñería o suave ridículo que encerraba su actitud. Dicho sea de paso: lástima que entre tantas nominaciones a premios Goya no hubiera ningún reconocimiento para la película dirigida por el propio Borau, un filme complejo y no del todo redondo pero, a mi juicio, lleno todo él por un zumbar desasosegado de ideas acuciantes. Sin solemnidades trascendentales, lo más distinto que cabe a una película intrascendente.

Repito que Borau se arriesgó con sus manos blancas al desdén cortés de tantos altos sabios como pululan por el orbe de nuestra vida pública y artística. Gente profunda, que no quieren que les confundan con quienes deploran en masa los crímenes terroristas o balbucean ante las cámaras de televisión indignación trivial. ¿Salir a la calle con la multitud, explicitar su repulsa como cualquier hijo de vecino, aprovechar lo conocido de su rostro o de su firma para apoyar la denuncia de las atrocidades? Nunca jamás. Ellos, los profundos, se guardan para mejor ocasión, lanzan de vez en cuando un oráculo sibilino, esperan a ver claro, no quieren estar ni con los unos ni con los otros, ponen cara de descontento universal ante la historia y dejan entender que la más grave culpa de la historia es precisamente ésa: venirles desagradando a ellos — los que de veras cuentan — desde hace varias décadas.

De tales profundos en el País Vasco tenemos gran abundancia. Salvando admirables excepciones, nuestros novelistas, nuestros artistas, nuestros cantantes, todos dan muestra de una notoria reserva a la hora de exteriorizar sin remilgos el rechazo del terrorismo. ¡Hombre, eso se da por supuesto! Y como se da por supuesto, ya no hay que dar la cara. Por no mencionar a los curas que desaconsejan los funerales de los asesinados como poco saludables para la paz del espíritu, los ediles que no quieren provocar a los feroces obstaculizando sus pancartas y exhibiciones en cualquier ciudad de todos en la que sólo a éstos puede verse, etcétera.

Leo en los espléndidos *Diarios* de José Martí: “Soñé que, de dos lanzas que había, sobre la lanza oxidada no daba luz el sol, y era un florón de luz, y estrella de llamas, la lanza bruñida. Del alma perezosa no se saca fuego”. Gracias, José Luis.

Fernando Savater, *El País*, 8/3/98

1. En las manifestaciones contra los atentados de ETA, los participantes exhiben las palmas de las manos pintadas de blanco en signo de protesta.